

Tercer Domingo de Pascua B2024

Después de la resurrección, la tarea de los apóstoles fue de dar testimonio antes de los judíos de este gran acontecimiento que qué sucedió a Jesús. Para Pedro, no hay discontinuidad entre el Dios de Jesús y el Dios en que sus compatriotas, los judíos, creen. La resurrección de nuestro Señor es obra del Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de sus antepasados. Su muerte y resurrección son el cumplimiento de las profecías anunciadas por los profetas. Jesús no es sólo un hombre, sino también Dios. Él es el Santo y Justo, el Autor de la vida que el padre resucitó de entre los muertos.

El objetivo que persigue Pedro aquí es hacer comprender a los judíos que estaban equivocados al entregar a Jesús y pedir la liberación de un asesino, Barrabás. ¿Qué hacer entonces? Para San Pedro deberían arrepentirse y cambiar su estilo de vida para recibir la remisión de los pecados en el nombre de Jesús.

El mensaje de conversión es también el contenido de la carta de san Juan que hemos oído en segunda lectura. Para Juan, si llegamos a pecar, tenemos la garantía que seremos perdonados. Este perdón viene de la expiación de los pecados obtenidos en la muerte y resurrección de Jesús. Jesús murió en la cruz por nosotros y por el mundo entero. Serle fiel implica guardar sus mandamientos. Nadie puede decir que conoce a Jesús y ama a Dios sin guardar los mandamientos, de lo contrario es un mentiroso y la verdad no está en él.

Sin embargo, sabemos por experiencia que, a pesar de nuestra buena voluntad, las cosas no siempre salen bien; una y otra vez caemos en pecado. ¿Puede Dios todavía perdonarnos? Sí, porque su misericordia es inconmensurable; va más allá de nuestros méritos y de lo que realmente merecemos. Si este mensaje nos reconforta e danos la seguridad en cuanto a la misericordia de Dios, al mismo tiempo nos desafía a esforzarnos por ser cada vez mejores. Por eso san Juan presenta a Jesús como nuestro Abogado ante el Padre.

En términos modernos, diría que Cristo es nuestro Abogado ante el Padre. La función de un Abogado es defender al acusado y obtener su absolución. Nuestro Señor se sienta con el Padre en la corte del Altísimo para interceder por nosotros. Tal declaración nos da la seguridad de que nunca habrá un caso desesperado o imposible que nuestro Señor pueda presentar ante el Padre en nuestro favor.

Nadie tiene derecho a decir que nunca será perdonado por el mal que ha cometido en el pasado o ahora. Incluso si a nuestros semejantes o a la sociedad les resulta difícil perdonarnos, Dios lo hará. Nadie tiene derecho a decir que ya es demasiado tarde para él. Sólo la misericordia y el perdón existen ante Dios. Sólo se necesitan algunas cosas: reconocer los pecados, pedir perdón y cambiar el estilo de vida.

Ahora bien, ¿qué es la resurrección de entre los muertos? El Evangelio de Lucas nos da algunas ideas para comprender un poco lo que significa. Lo que más llama la atención es que cuando Cristo Resucitado se aparece a alguien, nunca es reconocido inmediatamente. Por ejemplo, María lo toma por el jardinero, los discípulos de Emaús ven en él a un viajero; los apóstoles piensan que es un fantasma; Pedro está pescando al mar de Galilea le tiene por un pescador, etc.

¿Por qué es así? ¿Por qué persisten algunas vacilaciones e incluso dudas persisten a reconocer el Señor? Lo que el evangelista quiere decirnos es que a los apóstoles les resultó difícil no sólo entender lo que era la resurrección, sino también creer en ella. Su fe se desarrolló lentamente e incómodamente.

Es verdad que nuestro Señor se les apareció y con muchas señales demostró que había entrado en la gloria de su Padre. Pero, pasó tiempo antes de que los apóstoles pudieran comprender toda la realidad de la resurrección. Su fe no fue el resultado de pruebas materiales, sino más bien de la confianza. De hecho, la resurrección no puede explicarse científicamente como lo hacemos con los hechos científicos. La fe no es rendirse a la evidencia; es una respuesta gratuita a una llamada; es una apertura del corazón a la palabra de Dios. El hecho de que haya ateos es una prueba que Dios no obliga a alguien de creer en él. Dios no se impone a nadie; nos deja libres para elegirlo.

El camino espiritual de los apóstoles hacia la fe es imagen de lo que cada uno de nosotros puede atravesar. También nosotros a veces pasamos por dudas, incertidumbres, vacilaciones y miedos antes de poder convertirnos en verdaderos testigos del Señor resucitado. Cada vez que nos reunimos en oración, cada vez que escuchamos Su palabra, nuestro Señor está entre nosotros. Cada vez que creamos un poquito de espacio en nuestro corazón y en nuestra vida, comenzamos a comprender mejor lo que no entendimos durante muchos años. Poco a poco nuestros ojos se abren, nuestro conocimiento y comprensión de las Escrituras se agudiza y nuestra vida comienza a dar un giro hacia Dios. Terminamos finalmente descubriendo que Nuestro Señor siempre ha estado con nosotros en los giros de nuestra vida, tomándonos de la mano y guiándonos en los momentos decisivos de la vida.

Permítanme terminar hablando del hecho sorprendente de la experiencia física de Cristo Resucitado como atestigua el Evangelio de hoy: "Miren mis manos y mis pies. Soy yo en persona. Tóquenme y convézanse: un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo. (...) Le ofrecieron un trozo de pescado asado; él lo tomó y se puso a comer delante de ellos". ¿Por qué toda esta insistencia?

Todos estos detalles quieren decirnos que la resurrección ha cambiado la vida de nuestro Señor, pero él es el mismo Jesús con quien los discípulos tocaban y comían. Aunque nuestro Señor comparte desde ahora la vida de gloria del Padre, siempre está marcado por lo que ha vivido durante sus treinta años en la tierra, como la amistad compartida o los vínculos humanos creados.

Aplicado a nosotros mismos, esto significa que nuestra propia resurrección no borrará lo que somos, sino que transformará nuestro ser, dándole la plenitud de su significado. Al igual que los discípulos, aquí en la tierra podemos profundizar nuestra relación con Jesús escuchando su palabra y compartiendo su cuerpo y sangre en la Eucaristía. Esta amistad y este vínculo nunca pasarán porque nuestro Señor compartirá con nosotros su vida para siempre.

Hechos 3: 13-15, 17-19; 1 Juan 2: 1-5a; Lucas 24: 35-48



Fecha de la Homilía: el 14 de Abril 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240414homilia.pdf